

 Seix Barral

Tomás González

Para antes del olvido



Tomás González

Para antes del olvido

Diseño colección: Josep Bagà Associats

© Tomás González, 1987

© Edición revisada por el autor, 2014

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2017

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-5755-0

ISBN 10: 958-42-5755-2

Primera edición: abril de 2017

Impreso por

Desarrollo E-pub

Digitrans Media Services LLP

INDIA

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

*A la memoria del fotógrafo
Melitón Rodríguez*

Quiero agradecer a la familia de Alfonso González Ochoa el que me haya proporcionado los diarios que me ayudaron a crear esta ficción. A través de sus ojos jóvenes logré crearme la ilusión de regresar en el tiempo y aun la de ganarle a la muerte.

*El hombre nacido de mujer tiene una corta vida,
toda llena de alegrías y miserias. Llega,
brilla un instante y después es cortado como si
fuera una flor; pasa como si fuera una sombra
y nunca permanece en el mismo estado.*

SEGÚN JOB 14, 1-2

ENVIGADO, 1977

Josefina, acostada en su cama, recuerda con vivacidad la remota imagen de tres sauces altos mecidos casi por la luz del sol —porque viento no había— balanceándose por siempre en aquella lejana tarde, cuando él la besó bajo su sombra. De Honda le llegaría después un poema en el que se hablaba de un pomar y se mencionaban unas rosas que no hubo. Josefina tiene aún en su boca el recuerdo de su propia boca joven, y el eco de su corazón joven todavía está en su corazón.

Recuerda que esa misma noche Matilde, la que trabajaba en la casa de su tía Pastora, madre de Alfonso, vino a despertarla.

—¡Despertate, Fina, que va a nacer! —se oyó su voz por la ventana.

El ternero salió del vientre profundo de la vaca soltando vapor al amanecer, enclenque y tierno. Más tarde Josefina pondría la oreja en sus narices para que le resoplara en el oído y sentir un delicioso escalofrío.

Una cópula de gatos aguerrida e inhumana estalla en el tejado. Josefina, acostada en su cama, siente sed y tristeza. Alarga un brazo flaco y pecoso, toma un vaso de la mesa de noche y bebe con dificultad un agua que le sabe a estaño. Los gatos aúllan, escupen, se dispersan y dejan espacio al silencio en cuyo fondo, como un sedimento constante, se distingue el chirrido de los grillos. Es de noche. Siente frío. Se sube la cobija hasta el cuello y sigue mirando hacia el techo, donde no ve nada porque está oscuro. Se oye pasar un camión estrepitoso por la calle. Josefina recuerda el entierro de su padre, las coronas, la bóveda, el palustre. Ela-

dio le dijo que ella iba a morirse fácil, porque tenía no sé qué en el corazón.

—No sabes cómo te envidio, vieja —dijo también.

Bebe otra vez agua que le sabe a estaño. Le gustaban las pasas que guardaba debajo de la almohada para que Maruja no se las llevara. Pero una vez se le atragantaron y ya no quiso comer más. Coladas de avena casi siempre ahora, o sopas de pajarilla, viscosas, malolientes. «Quiero que el Señor me lleve ya. Soy un inútil bulto de carne en este mundo». Lloro en silencio un llanto abundante y cálido que corre y corre en la oscuridad hasta que Josefina olvida la causa de su llanto. Se duerme entonces. Altos sauces mecidos casi por la luz del sol porque viento no había.

Tres besos en la boca y uno en la mejilla.

ENVIGADO, 1913

Cuando oyó la voz de su madre, Alfonso abrió los ojos. Llevaba ya un rato despierto, esperando a que ella lo llamara y pensando en la tarde anterior, bajo los sauces. Prendió la vela y apareció su cuarto. «Adiós viejos muebles, objetos queridos», pensó. Había una cama sencilla y una mesa, un crucifijo, una bacinilla blanca a medio llenar por sus orines amarillos, algunos libros que no llevaría, dos candeleros, un daguerrotipo de su madre y otro de Daniel, su hermano muerto. «Viejos muebles queridos», pensó, «¿volveré a veros algún día?». «¿Volveré a veros acaso?», corrigió. «¿Volveré acaso a veros?», intentó corregir otra vez, pero la voz de un turpial, afilada y llena de colores, le hizo olvidar su pensamiento.

Salió al patio. Todo estaba oscuro. En la cocina se movía la sombra de su madre, flecos de su pañolón agigantados, agigantado moño atrás de la cabeza, bella aun en la desmesura de su sombra. Hermanas y hermanos menores dormían en los cuartos. El turpial cantaba en la jaula mientras los otros pájaros se tiraban del trapecio a la lata y de la lata al trapecio. Resopló un caballo. «Dulce quietud del lar querido», pensó Alfonso.

Su madre lo miraba mientras el humo del chocolate le cubría la cara; lo miraba mientras mordía la arepa, que sostenía en las palmas como un niño.

—¿Le traigo más chocolate, niño Alfonso? —preguntó la menuda Matilde con voz dulce, un poco plañidera.

Su padre, lejanamente cariñoso, le dio unas palmadas rápidas en el hombro y le dijo que se cuidara. Alfonso metió el pie izquierdo en el estribo, tiró su larga pierna sobre

la montura y se aplomó en la silla. El caballo reculó cuando las riendas se tensaron. La mula con el baúl estaba atrás, gruesa e indiferente.

«¿Hay acaso algo más triste que el dolor de una madre?».

Ella se quedó llorando cuando se fueron, su hijo, el caballo y la mula, clop, clop, clop, por las calles vacías. La mula cojeaba un poco y él pensó en hacerla revisar cuando pudiera. La aurora empezaba a aparecer, ambigua, por encima de las montañas oscuras. «Vieja aldea mía, ¿volveré a verte alguna vez?».

ENVIGADO, 1977

Muchas veces Josefina se duerme y se despierta y parece como si flotara de oscuridad a oscuridad. El sonido del reloj del corredor se fue apagando a lo largo de los años hasta que terminó por esfumarse. El propio reloj de sus deseos se confundió también, y ahora su sed, su vejiga, la fatiga de su estómago marcan horas intempestivas en horarios sin ritmo ni medida. Y aunque ya no le interesan el día ni la hora, Josefina quisiera ver la luz de vez en cuando. «Un chocolate», piensa. Busca bajo su almohada hasta tocar el papel metálico del chocolate; parte un pedazo, se lo pone en la boca y lo deja derretir sobre la lengua.

Sus ojos sólo alcanzan a ver una franja de luz sobre la puerta, débil, imprecisa, luz de luna tal vez, o tal vez luz de algún ambiguo amanecer.

RÍO MAGDALENA, BUQUE ELOÍSA, 1913

Ya estaban más lejos de Puerto Berrío que de La Dorada. El día anterior Alfonso había pasado a caballo por La Quebra en medio de la neblina, metido en un encauchado grueso, bordeando precipicios y repuliendo sonetos de amor. Desde La Quebra pudo ver a Cisneros abajo, iluminado por una bocanada de sol, sus techos de zinc relampagueando entre las montañas difuminadas por la niebla. Con la audacia de sus veintiún años el muchacho alcanzó a compararlos con la plata bruñida. «El pueblo de Cisneros a primera impresión visto desde lejos bañado por la luz solar parese como hecho de plata bruñida debido a que son techadas con zinc todas las casas que lo componen», escribiría luego con letra preciosista, ninguna coma y ortografía libre.

Horas más tarde el tren salía de Cisneros, bufando, pitando y largando vapor. Alfonso, asomado a la ventana como un niño, miró pasar montes vírgenes y rocas escarpadas. El tren paró en Palestina y Caracolí, donde manotadas de niños desnudos, haciendo una alharaca como de loros, salieron corriendo tras los vagones, ofreciendo botellas de cerveza, quesillos...

—¿Desnudos? —interrumpió Virginia Fábregas, hermosa española pasajera del Eloísa.

—Bueno, algunos tenían pantalones cortos —dijo Alfonso.

—¡Vaya! —dijo Virginia Fábregas.

Ya estaban más cerca de La Dorada que de Puerto Berrío. La española se aburría un poco con el relato demasiado pormenorizado que le hacía el muchacho y, oyéndolo a medias, se entretenía mirando las tortugas y los caimanes que se asoleaban en las playas del río. Cuando Alfonso se enfrascó en una extensa y vigorosa descripción del pujante carácter antioqueño, Virginia Fábregas se distrajo admirando los grandes ojos del muchacho y los gestos de sus manos largas y expresivas.

—Me gustan sus ojos, don Alfonso —dijo—. Son del color de la miel.

El vapor subía despacio por el río. Sonaban los pájaros en la selva, pasaban bandadas de garzas blancas en medio de un inmenso atardecer. Alfonso y Virginia Fábregas estaban sentados en la cubierta, mirando hacia el agua. La española era grande y hermosa; tenía manos grandes, ojos grandes, dientes muy blancos y senos grandes y seguramente muy blancos. Era directora de la farándula española que se encontraba en Honda representando comedias picantes, y venía de Puerto Berrío, donde había intentado conseguir un contrato para su grupo. Cuando mencionó el color de la miel se estaba ventilando con un gran abanico florecido que esparcía su delicioso perfume varios metros a la redonda. La mención de la miel no hizo enrojecer a Alfonso; le sonrió a la señora mientras sentía que el perfume le bajaba por los bronquios, se le metía en la sangre y rodaba pesado por el corazón. La descripción del carácter antioqueño se convirtió entonces en una epopeya y sus ojos brillaron más que nunca. Virginia Fábregas suspiró. Cinco guacamayas sobrevolaron el barco.

—Las paralelas de hierro entre Cisneros y Puerto Berrío son un clarísimo exponente de la pujanza y el vigor de nuestro pueblo —dijo Alfonso—. Durante la travesía no dejé de admirar por un instante y con toda la fuerza de mi corazón la férrea voluntad y el espíritu de lucha de los emprendedores hijos de la montaña que supieron labrarlas

palmo a palmo sin importarles ni la muerte ni la inclemencia de los elementos.

La señora Fábregas no dijo nada. Se levantó un poco la falda, aplastó un zancudo que de alguna manera había llegado a su pantorrilla suave y se deshizo con un capirotazo del polvoriento y minúsculo cadáver. La visión de su piel silenció a Alfonso. Con ojos soñadores, la sangre golpeándole en el cuello, miró hacia la playa.

—En cada uno de los mojones que señalan los kilómetros del Ferrocarril de Antioquia deberían levantarse monumentos alegóricos a la lucha, al triunfo y al honor, para recordar a las debilitadas generaciones del siglo xx la tenacidad y la fiereza de las viejas generaciones que supieron engrandecer la raza con el trabajo —continuó de un solo envión, mientras Virginia Fábregas lo oía como desde lejos, sus huesos ya muy debilitados por la lujuria del trópico. «Habla bien el mocoso», alcanzó a pensar.

La oscuridad empezaba a meterse entre las cosas. Las nubes arreboladas que habían flotado más allá de la selva se desteñían poco a poco y tomaban colores plumizos. Un pequeño caserío, entrevero de palma y guadua donde alumbraban luces débiles y ladraban perros flacos, pasó como flotando río abajo. Un intrincado tejido de sensaciones, que se expandían y temblaban como anémonas centuplicadas, flotaba bajo el vestido de Virginia Fábregas, abriéndose y replegándose con dulzura entre el oleaje de su cuerpo. El muchacho había pedido permiso para retirarse un momento y traía ahora una naranja en una mano y una navaja en la otra. Con movimientos precisos descuartizó en segundos al pequeño ser amarillo y le entregó a ella un casco, meticoloso en su manera de tener levantados los ángulos de la cáscara para facilitar la mordida. Fragancia de naranja. Zumbido de zancudos. Los dientes blancos se llevaron la pulpa y sonrieron.

—¿Me permite que lo invite a mi camarote, don Alfonso? —preguntó Virginia Fábregas—. Estos mosquitos me

están comiendo viva. ¡Vaya que son audaces!

Sonaban las aspas al caer al agua. Sonaban las voces de los negros de la tripulación. Sonaba en el oído de Alfonso la respiración dulce y acompasada de Virginia Fábregas, murmullo marino de una carne a la vez dura y blanda que lo rodeaba por completo, penetrándolo y poseyéndolo desde arriba, desde abajo y desde el centro de sí mismo de manera rítmica, espumosa y al parecer interminable. Sonaba en las riberas la inhumana noche selvática. Una hormiga, negra y nítida como una joya, subió por el pie de la señora Fábregas y caminó hasta su alta rodilla; ella separó una mano de las nalgas del muchacho y la aplastó con inconsciencia, lentitud y pasión. Hacía calor. El olor del carbón de piedra que ardía en las calderas se hacía más penetrante durante la noche. El sudor corría por el cuello de los pasajeros que dormían, o trataban de dormir, en los camarotes asfixiantes.